



EUCARISTÍA DEL ENCUENTRO DIOCESANO DE MIGRACIONES PARROQUIA DE NTRA. SRA. DE BELÉN Crevillent, 14 de enero de 2017

Mis queridos hermanos: el Santo Padre nos convoca cada año a celebrar la Jornada Mundial del Emigrante y Refugiado, concretamente este año con el lema: “Menores emigrantes vulnerables y sin voz”. La Comisión Episcopal de migraciones nos añade: “Reto y esperanza”. En nuestra diócesis estamos hablando, cuando apuntamos a esta cuestión, de una realidad muy importante. Ahí están los datos publicados, que nos ofrece el Secretariado de Migraciones de nuestra Iglesia Diocesana. Os invito a conocerlos, a hacer una lectura comprometida de ellos; así la respuesta de ayer de la vigilia de Elche, la respuesta de los actos de hoy, no sólo deben significar una Jornada especial al año, sino que gracias al Secretariado, nuestra iglesia seguirá viviendo esa gran cuestión todos los días.

En esta Eucaristía os invito a que nuestra oración se eleve al Señor por este gran asunto, que se convierte en muchos casos en drama, sobre todo si miramos a la infancia que no tiene más remedio que dejar su tierra, su familia, su patria. Este cuadro colocado delante de nosotros, ese Jesús rodeado de niños de colores distintos en su piel, de rasgos físicos diversos, nos recuerda a Jesús, que somos nosotros, su iglesia, en esa cercanía y compromiso que el Papa Francisco nos pide al respecto, especialmente este año.

Por otra parte, nos centramos en lo que la palabra de Dios nos dice en este domingo. Hace pocos días, el domingo pasado, concluía el ciclo de Navidad, hemos comenzado el tiempo ordinario. Este domingo la liturgia nos presenta una clara invitación al testimonio que hemos de dar. Igual que Isaías, igual que Pablo, como Juan el Bautista, a quien acabamos de escuchar. Si hemos conocido al Señor, que se nos ha manifestado en esta Navidad, no podemos menos que anunciarlo, presentarlo, ofrecerlo. De esto se trata y más en estos tiempos nuestros. Hace falta tener experiencia de Dios, para hablar de Dios. Ahí está la clave del mismo Plan Diocesano de Pastoral, de la pastoral de nuestra diócesis: “encuentro y misión”. Somos misioneros de aquello que hemos encontrado, de lo que hemos vivido en el Señor. Hay que ser discípulos para ser apóstoles, hay que haberse encontrado con Él para hablar de Él. Recordad que, hace poco en el tiempo de Navidad, la misma Nochebuena, los pastores se ponen a transmitir, a testificar aquello que

acaban de descubrir, de ver en aquel portal de Belén. En una fiesta que tiene sabor todavía Navidad, el próximo 2 de febrero, veremos a Ana junto al anciano Simeón, que anuncia, que habla porque ha encontrado a Jesús. Igual en el Evangelio de hoy, Juan el Bautista tiene progresivamente experiencia de Jesús. Además de ser iluminado desde lo alto para comprender a Aquel que él ha bautizado y ver como el Espíritu se posaba sobre Jesús. Él, desde ahí, da testimonio del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Su experiencia de Jesús se convierte en anuncio de Jesús.

Ahí tenemos en nuestra diócesis este año, como imagen permanente de la pastoral diocesana, ese icono del Camino de Emaús. Aquellos discípulos, al encontrar, al descubrir y escuchar a Jesús, se convierten en testigos del descubrimiento que han experimentado, y vuelven a Jerusalén

En las tres lecturas de la liturgia de hoy, vemos tres llamadas que Dios hace para cumplir esa misión del testimonio. Isaías, el profeta, describe la misión que el Siervo ha recibido de Dios: ser luz de las naciones. Así describe la misión que Jesús llevará a cumplimiento: “Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas”. Recordemos que la misión de Jesús se prolonga en nosotros, cristianos, llamados desde el bautismo: iluminados. Una palabra muy antigua aplicada a los que hemos sido bautizados. Porque iluminados por Él estamos destinados a ser luz en Él y así iluminar nuestro mundo sumergido en la oscuridad del pecado, de la ignorancia, de la lejanía de Dios. El Papa Francisco nos llama constantemente a esto y así lo hace también ante el drama concreto del sufrimiento de los refugiados, de ese espectáculo horrendo que vive el Mediterráneo continuamente, que viven tantos lugares de Europa.

San Pablo dirá que ha sido llamado a ser apóstol. Reconoce que no es él el que se ha llamado asimismo y se ha destinado a ser apóstol de Jesús, sino que ha sido llamado. El origen, la iniciativa es de Dios que es quien llama y envía. El apóstol, por tanto, ha de ser fiel al Señor. Hablar en obediencia a su voluntad, con una entrega total a un servicio humilde y pleno; diciendo profundamente las palabras que hemos escuchado el salmo: “Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”. Así lo dijo el mismo Jesús en Getsemaní, así lo dijo María en la Anunciación, así lo vivirá Pablo a partir de su conversión camino de Damasco. Juan el Bautista, hemos visto en el Evangelio de hoy, que no sólo tiene el privilegio, tras la larga espera de Israel y la humanidad que hemos revivido hace poco en el Adviento, de preparar el camino al Señor, sino además de señalarlo en medio de los hombres: “Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

Este testimonio espera el Señor de nosotros, que lo señalemos, no sólo con el dedo como Juan, sino con nuestras palabras, con nuestras obras, con nuestra vida. Llevar a Jesús es lo que hace Juan, es lo que hará su discípulo Andrés

cuando se encuentra con su hermano Pedro, y que tras compartir su descubrimiento “lo llevó a Jesús”. Esa es la tarea principal del cristiano, de los educadores, catequistas, de nosotros los sacerdotes: llevar al Señor. Es la meta de la evangelización, la meta de la tarea de la Iglesia. El mundo necesita cristianos que señalen el lugar central de Jesús en el mundo y en la historia para ir tras Él. Qué ejemplo tan grande da Juan, que hace que sus discípulos lo dejen para irse con Jesús. No lo retiene, es una auténtica mediación salvadora, como los buenos educadores que no se hacen imprescindibles. Para ser testigo de verdad de Jesús hace falta tener humildad, hace falta desprenderse del propio yo, de uno mismo, de nuestras cosas y nuestros planes y ser totalmente del Señor.

Solamente quiero añadir una palabra, que leyendo y preparando la homilía me ha parecido preciosa, y que pronunció el Papa Francisco el día 19 de enero del año 2014, en una predicación acerca del significado de Cordero de Dios. Dijo el Papa que ser discípulos de Jesús Cordero de Dios, significa: “Poner en el sitio de la malicia la inocencia, en el lugar de la fuerza el amor, en el lugar de la soberbia la unidad, en el lugar del prestigio el servicio”. Ser servidores es la meta, seguir a Jesús, Cordero de Dios, es servir, dar la vida como Él. Ser sensibles a los dramas de tantos inocentes, de tantos niños inocentes emigrantes, refugiados que están muriendo ante Europa. Hoy, ante tanto sufrimiento, en este Día de las Migraciones, ese drama de los niños emigrantes, sea motivo de despertar nuestro corazón, nuestro compromiso. El Papa Francisco predica constantemente contra la globalización de la indiferencia. Que este día, además de rezar por ellos, recemos por nosotros, para que seamos sensibles y responsables ante ese drama que está constantemente ante nosotros.

Aprovecho para dar las gracias a la labor constante, diaria, del Secretariado Diocesano de Migraciones y a cuantos colaboráis con este secretariado. No es cuestión de un día, ni de una jornada, en nuestra diócesis hay muchos niños emigrantes. El tema de la inmigración es de primer orden en nuestra tierra. Sea hoy nuestra oración por ellos y por nuestro despertar. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.